



ANIVERSARIO

ISSN: 0798-1171 e-ISSN: 2477-9598

Depósito legal pp. 197402ZU34

Esta publicación científica en formato digital
es continuidad de la revista impresa



REVISTA DE FILOSOFÍA

Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela

Nº 102
2022 -3
Septiembre - Diciembre

Revista de Filosofía

Vol. 39, N°102, 2022-3, (Sep-Dic) pp. 156 - 166

Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

**Identidad cultural latinoamericana:
De las definiciones teóricas a las resistencias decoloniales**

*Latin American Cultural Identity:
From Theoretical Definitions to Decolonial Resistance*

Digna Rocío Mejía Caguana

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4390-0522>

Universidad de Guayaquil – Guayaquil - Ecuador

digna.mejiac@ug.edu.ec

José Dionel Albán Sánchez

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6903-9980>

Universidad de Guayaquil – Guayaquil - Ecuador

jose.albans@ug.edu.ec

Emma Fernanda Garcés Suarez

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4061-7438>

Universidad de Guayaquil – Guayaquil - Ecuador

emma.garcess@ug.edu.ec

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7042110>

Resumen

Definir lo propio de la cultura americana ha sido una ardua tarea de construcción y reconstrucción histórica, en la que intervienen diversas disciplinas sociales que, desde una mirada holística e interdisciplinar, han evaluado los procesos de lucha y resistencia a los cimientos coloniales que imperan en la región. A pesar de ello, el sistema económico global, la homogeneización cultural y el *logos* moderno-occidental, imponen categorías jerárquicas, raciales, excluyentes y totalizadoras, que redefinen la cultura y niegan la identidad autóctona, creando una dialéctica permanente entre lo propio y lo ajeno. El artículo, desarrollado bajo un enfoque hermenéutico-documental, analiza la identidad cultural latinoamericana desde sus complejidades y asimetrías, entendiendo que es a partir de estas tensiones que pueden darse espacios para encontrarse con lo propio, dialogando con la alteridad, lo que permite avanzar hacia resistencias sociales, cuyo horizonte sea la liberación.

Palabras clave: identidad cultural; América Latina; liberación; colonialidad; decolonialidad.

Recibido 11-04-2022 – Aceptado 20-07-2022

Abstract

Defining what is typical of American culture has been an arduous task of historical construction and reconstruction, in which various social disciplines intervene that, from a holistic and interdisciplinary perspective, have evaluated the processes of struggle and resistance of the colonial foundations that prevail in the region. However, the global economic system, cultural homogenization and the modern-Western logos impose hierarchical, racial, excluding and totalizing categories that redefine culture and deny indigenous identity, creating a permanent dialectic between what is one's own and what is foreign. The article, developed under a hermeneutic-documentary approach, analyzes the Latin American cultural identity from its complexities and asymmetries, understanding that it is from these tensions that they can become aware of spaces to find one's own, dialoguing with otherness, which allows advance towards social resistance, whose horizon is liberation.

Keywords: Cultural Identity; Latin America; Liberation; Coloniality; Decoloniality.

Introducción: cultura e identidad

Analizar lo que es propio de la cultura no es una tarea sencilla, implica discernir de los elementos distintivos de una sociedad que, de alguna u otra manera, comparten una serie de creencias, patrimonios, intereses y prácticas ancestrales. De ahí que se pueda afirmar que la noción de cultura no es estática, sino variante; comprende una serie de disyuntivas filosóficas que no permite una fácil aprehensión de su significado.

El uso que hacemos en la actualidad del vocablo cultura nace en oposición a “Alta Cultura”, término cargado de matices racistas que impregnaban los estudios antropológicos, estableciendo diferencias, jerarquías y ordenes sociales para diferenciar a Europa del resto del mundo. Así, de acuerdo a los lineamientos propuestos por Grimson (2008), la cultura crea un distanciamiento entre las masas y la “Alta Cultura”, poseedores de letras, conocimiento y saber, grupos pudientes que denotan capacidades para las artes, la moral, el derecho y cualquier hábito que conduzca al cultivo del espíritu humano (Barrera, 2013).

En Europa, específicamente en Francia y Gran Bretaña, el término cultura se vio asociado al de civilización, cuya orientación conceptual incluía el civismo, sabiduría, capacidades administrativas y cortesía. Lo contrario era estimado como barbarie, lo que hace que, de manera enmascarada, se incorpore la idea de superioridad civilizatoria sobre otras naciones consideradas incivilizadas. Sin embargo, la idea de civilización no se limitaba a estos aspectos, también incluía la idea de progreso material, encerrando el peligro de exclusión para las poblaciones que no pudiesen adecuarse a estos lineamientos (Molano, 2007).

Para Levi-Strauss (1992), cultura incluye todos aquellos conocimientos, creencias, estética, moral, derecho, costumbres, hábitos y actitudes propios de los hombres que coexisten en sociedad. Definición que concuerda con la de Taylor (1975), añadiendo que la cultura es la actividad propia del hombre, que denota evolución y transformación social de los individuos. Es un proceso humano evolutivo, en el cual los conocimientos, valores y creencias son legados y modificados para facilitar el desarrollo.

De acuerdo a lo anterior, la cultura surge del carácter social humano, del deseo de compartir tradiciones, ritos, lenguajes, arte, literatura, valores, normas y creencias que dan sentido a la existencia humana. En estos elementos encontramos los símbolos de la cultura, producto de las dinámicas de grupos, de las realizaciones del hombre, de sus esfuerzos colectivos por impulsar las potencialidades racionales y llegar a la humanización. En este proceso, lenguaje, mito, ciencia, religión, integran los componentes esenciales de la cultura, donde la aprehensión y conocimiento de estos, son fundamentales para el progreso (Cassirer, 1975).

En base a estos argumentos, la cultura no debe entenderse como homogeneidad, sino como cambios e intercambios permanentes de significados, de resistencias, de luchas, movilizaciones, que confieren vitalidad a los cambios en la sociedad. Por ende, la cultura abarca todos los aspectos de la vida social, penetra los espacios de acción humana, interviene en la economía, la política, la educación, la alimentación, la sexualidad, la filosofía. Es transversal y no puede limitarse a estratos sociales de ningún tipo (Giménez, 2009).

Para Molano (2007), asociar el concepto de cultura a lo social, permite tomar una dimensión más humanística, asociada a los aspectos integrales que conforman la identidad de un pueblo o nación. La cultura y los debates suscitados en torno a su universalidad o particularidad, se integran a la idea de identidad, sin obviar los daños ocurridos por las imposiciones hegemónicas de culturas sobre otras y al cuestionamiento surgido hacia la homogeneización cultural, producto de la globalización. Esto se ve ejemplificado a partir de la segunda mitad del siglo XX, donde se confronta el concepto de cultura al de desarrollo económico y al de globalización occidental, donde la conformación de identidades divergentes se erige como medio legítimo para preservar la identidad de los pueblos ante las pretensiones de expansión occidental.

Ahora bien, definir la identidad e integrarla al concepto de cultura es un problema filosófico denso. Para Tajfel (1981) la identidad es definida como aquello que identifica a los individuos con un determinado grupo social, donde comparten un sistema de valores, creencias, marcos jurídicos y legislativos que le permiten diferenciarse culturalmente al resto de grupos humanos. No obstante, la identidad puede ser vista desde otra vertiente, de forma individual, cuando se refiere a procesos donde los sujetos se integran a contextos sociales, manteniendo formas claras de identificarse como autónomos, permitiendo adaptarse, de forma personal, a los cambios y a los procesos culturales (De la Torre, 2001).

Para Giménez (2009), resulta indispensable distinguir entre identidad individual e identidad sociales, dado que la identidad se aplica tanto al ámbito de la conciencia y psicología propia de los individuos, como a las identidades colectivas, que se relacionan con la idea de lo común, de lo que somos y de lo diferente, de la representación de nosotros mismos en los demás. En este proceso, la cultura se comparte por medio de la identidad o pertenencias sociales y de la identidad o rasgos distintivos individuales, de los singulares únicos e irrepetibles. En otras palabras, la identidad se asocia a la cultura, perdiéndole distinguir lo individual o lo colectivo

En medio de la cultura, cada individuo puede entablar una relación consigo mismo, con la alteridad y con diversos grupos sociales; es un constante intercambio entre

identidades. Permite el encuentro entre seres diferentes, uniendo el concepto de cultura al de identidad, configurándolas en un solo sentido y dimensión. Entendido así, cultura es el campo contentivo de los actos humanos, concentra su atención en sus proyectos de realización, por lo que ordena, organiza y fomenta las relaciones e intercambios sociales (Mac Gregor, 2004).

En el caso latinoamericano, la identidad social e individual se ve determinada por la globalización, tendencia constante hacia la homogeneización, que afecta a las culturas locales, principalmente a los grupos vulnerables, imponiendo mecanismos para codificar la realidad y modificar su identidad, en aras de instaurar una cultura global. Es un proceso expansivo al que no escapa ninguna locación planetaria; es inevitable, siendo capaz de romper límites entre fronteras, llevando al cuestionamiento sobre lo propio, lo ajeno y lo diferente; actúa de forma soslayada, homogeneiza la realidad, a la vez que insta a todos a identificarse con la cultura del Norte Global, como medio de reivindicación de la humanidad (Mac Gregor, 2007).

La globalización supone un desafío para la cultura, ya que crea tensiones entre la realidad dinámica y la homogeneización que pretende. Hace énfasis en la transmisión de valores utilitaristas, centrados en el crecimiento de la sociedad global, a la vez que pone en circulación los elementos y rasgos distintivos de la modernidad. Con ella se busca la universalización de la vida, al punto de extinguir la diversidad cultural, dimensionando de nuevas formas la matriz colonial del poder, que adopta nuevas formas de control económico, racial, industrial, burocrático, destruyendo toda cultura preexistente y la autodeterminación local (Giménez, 2002).

Surgen así las diversas propuestas filosóficas que recalcan la importancia de la identidad cultural, de deslastrarse de la sombra del eurocentrismo, sin omitir que en este proceso de ruptura y quiebre tiene protagonismo el sujeto oprimido, excluido y víctima del crecimiento occidental. En este contexto, nace la teología y filosofía de la liberación, del cuestionamiento a la idea de subdesarrollo, a las políticas públicas emanadas por los centros hegemónicos de poder, además de dar pie a una amplia discusión inconclusa sobre la posibilidad o imposibilidad de una cultura propia y, en consecuencia, de una filosofía auténticamente americana.

Para Tinoco (2012), es en base a la búsqueda de la identidad cultural que viene construyéndose la idea de América. Incorpora una serie de discusiones que parten desde la época de la conquista hasta nuestro tiempo; es una trayectoria histórica que pretende darle sentido a la realidad, que encuentra en autores como Leopoldo Zea (1912-2004), Augusto Salazar Bondi (1925-1974), Arturo Ardao (1912-2003), Arturo Roig (1922-2012), Rodolfo Kush (1922-1979), entre otros, los cimientos teóricos sobre lo distintivo de la región americana.

I. Identidad cultural y herencias coloniales

La identidad cultural lleva a considerar el sentido de arraigo a lo propio de la cultura, a los elementos materiales e inmateriales que la componen; es un concepto dinámico, que determina las relaciones humanas, sus influencias externas e internas, así como la diferenciación entre determinados grupos. Para Mac Gregor (2004: 113):

La identidad cultural es sentido de pertenencia y diferenciación que se construye en las prácticas cotidianas y rituales de una comunidad, creando, reproduciendo y transformando una producción simbólica a través de dos grandes bloques: la acción social y los procesos de significación, actos y discursos que se desarrollan a través de la praxis entendida, a la manera de Paulo Freire, como el proceso permanente de reflexión y acción que los hombres realizan sobre el mundo para comprenderlo y transformarlo.

De acuerdo a las apreciaciones de Molano (2007), la identidad cultural es un concepto en el que intervienen factores como la migración, que modifica las apreciaciones acerca de lo propio y del pasado histórico; los contextos asimétricos, las vulnerabilidades sociales, la violencia sistematizada, la corrupción y un pensamiento hegemónico, que desplaza toda forma de ser y pensar alternativo. Se refiere a un conjunto específico de individuos que comparten intereses particulares, expresiones propias que definen la cultura y de un patrimonio inmaterial que los acompaña. En el contexto latinoamericano, dicha categorización se ve determinada por la diversidad lingüística, las relaciones sociales, los comportamientos colectivos y un pasado colonial que continúa vigente en nuestro contexto.

Al hacer referencia al pasado o las herencias coloniales, damos por sentado las definiciones del pensamiento decolonial, que definen la colonialidad como la cara oculta de la modernidad, un fenómeno expansivo que desdibuja la historia, cosifica el entorno natural y propicia un carácter disyuntivo en la identidad cultural americana. Para Mignolo (2007: 39):

“La «modernidad» es una narrativa europea que tiene una cara oculta y más oscura, la colonialidad. En otras palabras, la colonialidad es constitutiva de la modernidad: sin colonialidad no hay modernidad. Por consiguiente, hoy la expresión común modernidades globales implica colonialidades globales, en el sentido preciso de que la matriz colonial del poder (la colonialidad, para abreviar) se la están disputando muchos contendientes: si la modernidad no puede existir sin la colonialidad, tampoco puede haber modernidades globales sin colonialidades globales. Esa es la lógica del mundo capitalista policéntrico de hoy. Por lo tanto, la manera de pensar y de hacer descolonial surgió, a partir del siglo XVI, como respuesta a las inclinaciones opresivas e imperialistas de los ideales europeos modernos proyectados, y aplicados, en el mundo no europeo”.

A raíz del proceso de consolidación del nuevo orden hegemónico global, impuesto tras la conquista de América en el año 1492, las condiciones históricas se vieron modificadas, quedando el pasado sumido en el olvido, perdiendo referentes sobre los cuales construir las relaciones presentes. Para Dussel (1994), la modernidad se origina en Europa, pero “nace”

en al momento que se confronta con el otro, siendo capaz de vencerlo, doblegarlo y violentarlo, imponiendo su pensamiento conquistador, colonizador y su cosmovisión sobre la alteridad. Esto define la relación modernidad/colonialidad, elemento indispensable para interpretar lo propio de la cultura americana, suscitada en el seno de la violencia, bajo el mito del descubrimiento, que no es más que un en-cubrimiento del otro en desventaja y de sus condiciones de vulnerabilidad.

La conquista fue un proceso hegemónico, expansivo y colonial, cuyo objetivo fue la transformación de la identidad. Esto se ve ejemplificado en las cruentas matanzas y el sometimiento físico de los aborígenes, que no tenían oportunidad de reacción frente a los avances de los conquistadores, causando pérdidas irreparables en las tierras de Abya Yala. La invasión transformó el orden social, cultural y económico de los poblados amerindios, desarrollando un sistema pensado para los intereses de la corona. Los nativos fueron asesinados, confinados y reducidos a servidumbre, despojándoles de los elementos indispensables para su subsistencia (Gómez, 2017).

Asimismo, el choque cultural entre el Viejo y el Nuevo Continente tuvo efectos devastadores. Producto del aislamiento, las poblaciones aborígenes carecían de inmunidad contra las enfermedades importadas por los conquistadores, como es el caso de la viruela, registrada por primera vez en el Caribe en el año 1518. Esta enfermedad produjo la muerte masiva de nativos, sin tener referentes precisos sobre la cantidad real de decesos ocurridos (Cuervo, 2016).

Como puede notarse, la conquista marca el inicio del genocidio y del epistemicidio, de la destrucción de la identidad cultural. Se impone una cultura ajena que, pese a los esfuerzos del conquistador, no logró mantener su pureza, dando lugar a culturas híbridas, el mestizaje y el nacimiento de una nueva identidad cultural (Gareis, 2005). No obstante, este proceso no fue llevado a cabo de una forma pacífica. Para Zea (1953), el conquistador, al no poder comprender los puntos de vista divergentes de los poblados aborígenes, les negó cualquier cualidad humana; por consiguiente, no hubo preocupación por dialogar con la diferencia, pero sí de subsumir su cultura, poniéndoles al servicio del orden colonial. Las relaciones establecidas con los aborígenes, no era para acercarse a su realidad, sino para implantar su señorío, instaurar una nueva visión de mundo, para occidentalizarle y deslastrarle de la falsa cultura a la que servían.

Lo que no forma parte del *logos* occidental, es fruto demoniaco, ha de ser arrasado y destruido. Así se expande la civilización occidental, sobre la destrucción del legado y pasado cultural de América; del desencuentro con la realidad, de visiones yuxtapuestas, caracterizadas por la colonialidad del poder. En este contexto, la colonialidad lleva inmersa procesos hegemónicos y asimétricos, tanto en lo económico, como en lo cultural, civilizatorio, en el sometimiento físico y mental de las identidades. Es un proceso de ocupación imperial y cultivo de su propia cultura en detrimento de la cultura autóctona, que lleva a la negación de sus lenguas, religión, leyes, sistemas políticos, costumbres, de todo su ser (Estermann, 2014).

Para Morán (2021), esta negación permitió la construcción de metarrelatos de superioridad del hombre blanco/occidental, que insisten en la necesidad de expandir el

orden civilizatorio, que incluye extender su ideología, lenguas, valores y costumbres hacia las culturas autóctonas. Es un encubrimiento del otro, pero también de la crisis en las formas de vida europea, de la obsolescencia de sus modos de producción, del antropocentrismo y de las formas en definir la humanidad y cosificar la naturaleza. Esto representa un entramado colonial; despoja al ser latinoamericano del sentido de pertenencia hacia su cultura, a su identidad e historia que le define.

Víctimas de esta realidad, los pueblos colonizados fueron despojados de sus tierras y de su identidad; esclavizados bajo la lógica discursiva del sistema mundo/moderno. Este hecho, según las apreciaciones de Morán (2021), no queda plasmado sólo en materiales teóricos, sino sobre cuerpos reales y oprimidos, individuos que padecieron en carne propia las prácticas de la colonialidad del poder.

La colonialidad del poder es extensible al plano epistémico y de este al ontológico; es un encubrimiento progresivo del otro, que es carente de voz, de racionalidad, que sólo puede aspirar a poseer rasgos de humanidad en la medida que asimile la cultura occidental. Consecuentemente, la historia se da en medio de tensiones y desencuentros del habitante originario con el conquistador. Enmascara la subordinación, producto de la modernidad/colonialidad, haciendo de todo lo anterior a este proceso irrelevante para ser incorporado en la historia humana. Estas categorías no corresponden al análisis de la ciencia moderna, no cuentan con la racionalidad y expresividad propia de un mundo civilizado (Zea, 1953).

De esta manera, se pierde la memoria histórica americana. La negación del pasado ha sido una actitud que se ha mantenido en la región desde la época colonial. Es, a la manera de Zea (1942), un sentimiento de orfandad cultural, de no encontrar en la cultura europea, tampoco en la indígena, lo distintivo del ser latinoamericano. Para Gómez (2017), al negar la historia, se da pie a perpetuar la colonialidad del poder y las jerarquías raciales que acarrea, idealizando y exaltando los imaginarios de una sociedad blanca, eurocéntrica, patriarcal, global, excluyente y totalizadora, que legitima un orden occidental, cuyos valores se sustentan en el utilitarismo, la destrucción de la naturaleza y la exclusión de la alteridad. Con esto se explica las formas en las que actúa la colonialidad, como las bases de una edificación que sustentan los ideales de un mundo global.

La preocupación del pensamiento crítico latinoamericano radica en los estragos causados por la globalización, cuyas imposiciones epistémicas, políticas y ontológicas, desencadenan medios de exclusión, persecución e injusticia social sobre poblados enteros. La globalización encierra diversos procesos que actúan más allá de los adelantos económicos, militares y científicos ya conocidos; es decir, plantea la homogeneización y unificación cultural, a la vez que fragmenta la realidad, estableciendo jerarquías raciales, epistémicas, laborales, sexuales, entre otras. En este plano dialéctico, se impone un proceso de dominación, que restringe los ámbitos de acción humana, ejerciendo presión sobre la identidad cultural de los pueblos colonizados (Garcés, 2005).

Es un desprecio sistemático hacia las culturas originarias, cuyos estragos en el tiempo perduran. Entre los efectos perjudiciales se encuentra la pérdida de dialectos, costumbres y tradiciones, borrando la identidad cultural, construyendo un nuevo escenario global

homogéneo, ajeno y adulterado, que impide que el latinoamericano pueda reconocerse a sí mismo y a la alteridad. Es un proyecto metódico de negación de la identidad, que insta a mantener la región anclada a la colonialidad del poder, a la dependencia económica, al subdesarrollo y gobiernos enajenados, que no perciben las características *sui generis* de América Latina y el Caribe (Colmenares, 2015).

En medio de estas dinámicas, ha resultado insuficiente el esfuerzo por construir y reconstruir la historia. La filosofía y demás ciencias sociales, se han abocado a interpretar el tema de la cultura americana desde enfoques ceñidos por los estándares occidentales, dejando de lado la ruptura violenta con el pasado aborigen y las heridas coloniales suscitadas en la conquista. En este sentido, el pensamiento latinoamericano se ha acogido a la sombra de los enfoques moderno/coloniales, respaldando, de manera involuntaria, el progreso del liberalismo económico, la globalización, el keynesianismo, entre otras posturas que dan continuidad a la matriz colonial del poder; de igual forma, el pensamiento socialista, marxista, anarquista y revolucionario, en muchos casos, se ha adecuado a copiar modelos propios del Norte Global, desestimando las concepciones del buen vivir, de la memoria ancestral, del sentir y pensar la tierra, como parte distintiva de las luchas por superar el pasado colonial y los embates de la globalización (2017).

II. Identidad cultural e insurgencia decolonial

Desde el pensamiento decolonial, descolonizar la identidad cultural representa romper con el orden establecido por la hegemonía discursiva occidental. Tener un acercamiento profundo a estos planteamientos, amerita la evaluación holística e interdisciplinar de la realidad circundante, ya que los ajustes de la vida en el planeta exigen de una actitud ontológica diferente frente a la naturaleza, hacia el trabajo, la propiedad y todo aquello que defina las relaciones humanas; en otras palabras, se invita a entrar en una nueva etapa, sustentada, no en las pretensiones del sistema mundo/global, sino en una propuesta dialógica, intercultural, crítica y decolonial (Dussel, 2014).

La propuesta dusseliana se perfila hacia un proceso de liberación de la identidad cultural, que involucra superar las asimetrías sociales, el contexto de dominación político, el racismo epistémico, instaurando un ordenamiento democrático, intercultural, creativo, que ubique al sujeto oprimido y victimizado como protagonista de su propio progreso histórico (Dussel, 2012). Se trata del reconocimiento de múltiples identidades, de instaurar un ordenamiento antihegemónico y antisistémico, que considere la alteridad, las asimetrías, el pasado colonial, sin perder el objetivo central de descolonizar la realidad (Dussel 2012 y 2014).

Mantener metas claras dentro del pensamiento decolonial permite, según la apreciación de Estermann (2014), no caer en la trampa de las propuestas huecas y caducas basadas simplemente en el respeto y la tolerancia a la diversidad. Más allá de ello, se requiere de una propuesta intercultural crítica, que analice ampliamente los contextos y escenarios sociales, entendiendo que, tanto la cultura, la interculturalidad y la identidad cultural, no son entidades estáticas o hechos estables que pueden analizarse con la misma precisión que en otras ciencias fácticas. Acercarse a la descolonización de la realidad y al rescate de la

identidad, es participar en proyectos inacabados de transformación social, dar lugar a las utopías, pero, a la vez, a líneas de acción y de trabajo colaborativo, que permitan tener encuentros con sujetos reales, víctimas de los procesos hegemónicos de la modernidad.

Analizar la realidad latinoamericana, es partir del cuestionamiento de las asimetrías y del orden colonial, de las posturas que plantean la incorporación de los sectores indígenas, afrodescendientes, vulnerables, pero bajo la fachada de la representatividad democrática, manteniendo los mismos intereses globales de trasfondo, un proyecto moderno, globalizador y civilizatorio, regido por los intereses consumistas del Norte. Descubrir el racismo epistémico inserto en estos discursos, cuya bandera es la inclusión, desarrollo y civilización, es parte de los intereses del pensamiento decolonial, tratando de recobrar un genuino sentido de pertenencia e identidad cultural. En este proceso se encuentra inmersa la urgencia de romper con estructuras coloniales instauradas en la región, como el extractivismo, la depredación de la naturaleza, el orden comercial y financiero, sustentado en políticas públicas emanadas por los grandes conglomerados de poder internacional, lo que ancla a la región en eternas premisas de subdesarrollo, subalternidad y marginalidad. (Estermann, 2014).

Descolonizar la identidad cultural esboza un proyecto de recuperación de las lenguas aborígenes, pues es el vehículo idóneo para expresar su pensamiento, su sistema axiológico, sus formas de asumir la realidad, que es diferente a las categorías impuestas por el pensamiento occidental. No consiste en traducir de una lengua a otra ni de implantar cátedras de educación intercultural bilingüe; es un problema de contenido, de trasfondo ideológico, que insta a romper con la hegemonía de la colonialidad del poder, que establece jerarquías raciales, lingüísticas, exclusión laboral y una serie de asimetrías que codifican los escenarios sociales (Colmenares, 2015).

Para Espansade (2018), la descolonización de la identidad es una exigencia social, permite reconfigurar las relaciones entre seres y saberes en el ámbito latinoamericano, contextualiza la realidad y plantea proyectos de acción social *otros*, como los propuestos en la Epistemología de la Periferia de Fermín Chávez (2012), La Epistemología del Sur de Boaventura de Sousa Santos (2009), la desobediencia epistémica de Walter D. Mignolo (2010), el cuestionamiento a la colonialidad del poder de Aníbal Quijano (2000), además de las propuestas para nuevos modelos epistémicos e interculturales, propiciados por Santiago Castro Gómez (2007) o Catherine Walsh (2005). Más allá de las diferencias que cada uno de estos autores pueda tener, comparten la premisa de la urgencia de descolonizar la región, recobrar el sentido de identidad cultural, revitalizar el diálogo de saberes, creando escenarios sociales caracterizados por la inclusión y la justicia social.

III. Conclusiones

El mundo actual, caracterizado por la globalización hegemónica occidental, que tiende a la homogeneización cultural, a la exclusión, a la cosificación de la vida y a denigrar las prácticas dialógicas e interculturales, se encuentra sumido en una crisis de legitimidad, creando tensiones y fisuras en los estamentos de la colonialidad del poder. En estos escenarios, se abren espacios para las resistencias descolonizadoras, para cimentar la

identidad cultural y la visión propia de la realidad, para caminar hacia la liberación de los oprimidos.

La opción decolonial reivindica las identidades individuales y colectivas, fundamentadas en tendencias emancipatorias, que hacen frente a los escenarios codificados por la episteme moderno/occidental. Es una respuesta a los embates globalizadores, que propone recuperar la identidad, volver al saber ancestral, reconfigurar el saber, a la vez que se rompen las estructuras monolíticas de la colonialidad.

Si bien es cierto, la idea de desarrollo no puede perderse de vista, el crecimiento regional no debe darse en detrimento de la identidad cultural, ni la desigualdad como atenuante para el progreso económico. Por esta razón, los cambios han de partir desde las identidades silenciadas y olvidadas por la modernidad, desde el sujeto víctima y oprimido, que levanta su voz en movimientos sociales que reclaman el derecho a la vida, la equidad y la justicia social.

Insurgir simboliza cuestionar el pasado colonial, pero procurando la ruptura con la realidad racista, patriarcal, xenofóbica, que pugnan por perpetuar relaciones de poder colonial. El soporte para llevar a cabo estos procesos, es mantener una actitud crítica frente a la identidad cultural y distinguir lo propio de lo ajeno, para poder avanzar hacia la emancipación social.

Bibliografía

- Alvarado, José (2021). "Kant y los fines de la cultura". *Revista de Filosofía*, Núm. 98 (2). <https://doi.org/10.5281/zenodo.5528189>
- Barrera, Raúl (2013). "El concepto de cultura: definiciones, debates y usos sociales". *Revista Claseshistoria*, Artículo Núm. 343. Documento disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5173324>
- Cassirer, Ernst (1975). *Antropología Filosófica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Castro-Gómez, Santiago. (2007) "Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes". En: Castro-Gómez, Santiago; Grosfoguel, Ramón (Compiladores). *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores, Bogotá.
- Colmenares, Katya (2015). "Lenguaje e identidad: la descolonización de América Latina". *Analéctica*, Vol. 1, Núm. 9. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3911267>
- Cuervo, Benedicto (2016). "La conquista y colonización española de América". *Historia Digital*, XVI, 28. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5580242>
- De la Torre, Carolina (2001). *Las identidades, una mirada desde la psicología*. Centro de Investigación y Desarrollo de la cultura cubana Juan Marinello, La Habana.
- Dussel, Enrique (2014). *Filosofía del Sur y descolonización*. Editorial Docencia, Buenos Aires.
- Dussel, Enrique (2012). *En búsqueda del sentido. Sobre el origen y desarrollo de una Filosofía de la Liberación*. Editorial Docencia, Buenos Aires.
- Dussel, Enrique (1994). *1492: el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad*. UMSA, La Paz.

- Espansade, Mara (2018). "La descolonización del saber y la construcción de nuevas identidades". *Revista Mestiza*, Universidad Nacional Arturo Jauretche. Documento disponible en: <https://revistamestiza.unaj.edu.ar/la-descolonizacion-del-saber-y-la-construccion-de-nuevas-identidades/>
- Estermann, Josef (2014). "Colonialidad, descolonización e interculturalidad". *Polis, Revista Latinoamericana*, Núm. 38.
- Gareis, Iris (2005). "Identidades latinoamericanas frente al colonialismo – una apreciación histórica antropológica: Introducción al dossier". *Indiana* (22).
- Giménez, Gilberto (2009). "Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas". *Frontera Norte*, Vol. 21, Núm. 41.
- Giménez, Gilberto (2002). "Globalización y Cultura". *Estudios Sociológicos*, Vol. XX, Núm. 1.
- Gómez, Guillermo (2017). "La resistencia indígena: memoria contra el olvido". En: Centro Interuniversitario de Estudios Latinoamericanos y Caribeños (CIELAC), Managua. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Nicaragua/cielac-upoli/20170825063008/La-resistencia-indigena.pdf>
- Grimson, Alejandro (2008) "Diversidad y cultura: reificación y situacionalidad". *Tabula Rasa*, Núm. 8.
- Levi-Strauss, Claude (1992). *Antropología estructural*. Paidós, Barcelona.
- Mac Gregor, José Antonio (2004). "Identidad y Globalización". *Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos No. 11*. Documento disponible en: https://patrimonioculturalyturismo.cultura.gob.mx/cuadernos/cuaderno11_3_4.php
- Mignolo, Walter (2010). *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Ediciones del Signo, Buenos Aires.
- Molano, Olga (2007). "Identidad cultural. Un concepto que evoluciona". *Revista Opera*, Núm. 7.
- Morán, Lino. "Filosofía e identidad cultural latinoamericana: Una discusión inacabada". *Revista de Filosofía*. Vol. 38, Núm. 99. <https://doi.org/10.5281/zenodo.5652162>
- Quijano, Aníbal (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Lander, Edgardo (Compilador). *La colonialidad del Saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Buenos Aires.
- Tajfel, Henri (1981). *Human groups and social categories*. University Press, Cambridge.
- Tinoco, Antonio (2012). "Origen y Evolución de la Historia de las Ideas en América Latina". *Revista de Filosofía*, Núm. 70 (1).
- Tylor, Edward (1975). *Cultura Primitiva. Los orígenes de la cultura*. Ayuso, Madrid.
- Walsh, Catherine (2005). "Interculturalidad, conocimientos y decolonialidad". *Signos y Pensamientos*, N° 26, Vol. XXIV.
- Zea, Leopoldo (1953). *América como conciencia*. UNAM, México.
- Zea, Leopoldo (1942). "En torno a una filosofía americana". *Cuadernos Americanos*, No. 3.



REVISTA DE FILOSOFÍA N° 102 – 2022 – 3 - SEPTIEMBRE -DICIEMBRE

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en septiembre de 2022,
por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

**www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org**